



Revista de Filosofía. Vol. 23 No. 1, pp. 5-20, 1996

## La Meteorología de Suárez de Urbina: Filosofía, Filokalia, Cosmología o sólo "Folklórica"?

*Angel Muñoz G.*

*Escuela de Filosofía. Universidad del Zulia. Maracaibo - Venezuela.*

### Resumen

A propósito de la Filosofía de Suárez de Urbina, se presenta aquí un fragmento de su Segunda Parte, próxima a publicarse, sobre su *Meteorología*. Dada la época del autor (1758), se estudia hasta dónde él concede lugar a la experiencia y hasta dónde sigue fiel a Aristóteles. Y como, en todo caso, Suárez de Urbina sigue considerando a la Filosofía como un estudio de lo bello, y producto de la admiración.

**Palabras clave:** Suárez de Urbina, Filosofía Colonial, Filosofía de la Naturaleza.

### The Meteorology of Suarez de Urbina: Philosophy, *Philokaly*, Cosmology or Folklore

### Abstract

A fragment of the Second Part of the Philosophical Course of Suarez de Urbina (soon to be published) concerning his Meteorology is analyzed. Due to the historical context of the author (1758), his faithfulness to Aristotle versus his acceptance of scientific experience is studied. Suárez de Urbina considers philosophy to be the study of beauty and the product of admiration.

**Key words:** Suárez de Urbina, Colonial Philosophy, Philosophy on Nature.

Está ya en preparación y próximo a publicarse el segundo volumen de *Cursus Philosophicus* del caraqueño Antonio José Suárez de Urbina<sup>1</sup>. En realidad, tras las *Lógica Parva* y la Magna, la segunda mitad del manuscrito se la llevan en casi un 65% la *Physica*, algo más del 20% el *De generatione* casi un 8% la Meteorología (presentada como un Apéndice al interior y a los libros *De coelo*), y sólo un 7% escaso el *De anima* y la *Metaphysica* juntos. Por eso se ha pensado en titular ese segundo volumen como *Filosofía de la Naturaleza* (93% del texto).

Suárez escribe su *Cursus* mediado el S. XVIII, época de cambio de la Filosofía hacia una vertiente "experimentalista". Cambio que se ha negado frecuentemente para la Caracas de la época y consiguientemente para quienes en ella enseñaban Filosofía, Suárez entre ellos. Sin embargo, nuestra opinión es que los nuevos aires se notan ya en nuestro autor. No de una manera manifiesta y expedita, ciertamente: hubiera sido muy peligroso ir en contra de la corriente institucional y salirse de un *pensum* supervisado por la autoridad eclesiástica y -más aún- la civil. Faltaban aún unos años -y no tantos, por cierto- para que Marrero pudiera tener éxito. Pero no olvidemos que la formación de Marrero es fruto exclusivo de la Universidad de Caracas, y que estudió muy pocos años después de los de la enseñanza de Suárez de Urbina.

Se ha repetido también muy frecuentemente el tópico de que la Universidad Colonial fue heredera de la Medieval. Y al parecer heredera exclusiva de toda la hija, en la que -por otra parte- parece que no hubo sino elementos negativos. Qué-dese este punto para otra ocasión y anotemos solamente que entre las costumbres medievales heredadas, se encontraba la de que el Profesor continuara su enseñanza privadamente, en su casa. Y habrá que pensar que la herencia incluía también la costumbre de los Maestros Medievales de dedicar esas explicaciones domésticas a los autores no incluidos en el *pensum* oficial. Decimos esto porque, por más que Suárez de Urbina quiera plegarse a las exigencias oficiales de la Universidad, nos parece que deja entrever que no estaba tan en contra de los nuevos aires experimentalistas que sin duda circulaban ya por su Caracas. Y que los aceptaba, hasta donde le era posible. No se trata solamente de que en su texto aparecen citados autores de las nuevas tendencias -como Maignan, Peynado, Purchot<sup>2</sup>-, sino porque el tono general de su filosofía así lo manifiesta; con muy buen cuidado -eso sí- de no salirse de los cánones oficiales.

1 Publicado ya el primer volumen, *Lógica*, Maracaibo, 1995.

2 Nn. 1924, 1397 y 2037 respectivamente de la edición que se prepara.

Con todo, su veneración por Aristóteles no le permite que pueda quedar malparado. Como saliendo al paso de las críticas que una mentalidad experimentalista pudiera hacer al Estagirita, Suárez -a modo de colofón- cierra su *Cursus* con la siguiente reflexión: *Hasta aquí, dilectísimos, acerca de los textos aristotélicos, que han de consultarse si no por sus méritos, en ningún modo superficialmente*<sup>3</sup>. Por más que sea -parece decir-, por equivocado que pudiera estar, Aristóteles no puede menospreciarse y habrá de ser siempre punto de referencia.

Hemos visto cómo su *Cursus* está prácticamente dividido en dos partes: la *Lógica* -propedéutica a toda Filosofía- y la *Física* (incluyendo aquí el *De generatione* y la *Meteorología*); lo demás, resulta casi imperceptible; y aún cuando a la *Metafísica* la llame *Tratado filosófico principal (princeps)*<sup>4</sup>, le dedica sólo un muy poco más de un folio. Parece, pues, claro que la filosofía de Suárez es la *Física*, en este sentido amplio de la misma que le estamos dando. Quizá sea esta la razón por la que la inicia con un pasaje muy paralelo a aquél con el que *Aristóteles comienza su Metafísica*.

La naturaleza, dice Suárez, se capta por los sentidos y está dotada de accidentes que captamos bajo la dirección de éstos... y cuyos misterios gusta en verdad de escudriñar el hombre, que por naturaleza apetece la intelección<sup>5</sup>.

Y Aristóteles: *Todos los hombres desean por naturaleza saber. Signo de esto es el deleite que experimentan en el ejercicio de los sentidos*<sup>6</sup>.

Este es el objetivo de estas páginas: tratar de ver hasta dónde se manifiesta el espíritu experimentalista de Suárez. No sólo en el aspecto señalado de que su Filosofía está concebida casi por completo como *Filosofía de la Naturaleza*, sino en el tratamiento mismo de esta Filosofía. Y puesto que otros se encargarán específicamente de la *Física*, nos reduciremos aquí a su *Meteorología*<sup>7</sup>. No se pretende todavía, con lo que aquí se diga, un estudio exhaustivo del texto. Se trata sólo de una pri-

3 N. 2137

4 Es el título con que la encabeza: fol. 162r, n. 2127 de la edición.

5 N. 1009.

6 *Metaph.* I, 1, 980a 1s.

7 Expresión con la que nos referimos al Apéndice al *De generatione* y al *De coelo*; Suárez no la llama así. Es obvio que utilizamos el término en el sentido aristotélico, como *Tratado de los meteoros* o -en palabras de Suárez- ciencia de los fenómenos que se manifiestan en lo alto n. (1968).

mera aproximación, que sea suficiente para poder formarnos una primera idea de la cosmología de Suárez de Urbina.

## La experiencia

Ya en el preámbulo mismo de su *Física*, antes aún del propio Tratado de *Meteorología*, hay una pequeña observación que no se puede pasar por alto. Nos dice que el objeto formal de la Física es *la actualidad e inmaterialidad que quedan en su objeto, producto de la separación de las condiciones individuantes*<sup>8</sup>. Ciertamente hasta ahí no hay nada llamativo. Que la Filosofía haya de partir de la realidad, para despojarla -por abstracción- de su materialidad, es doctrina ya de Aristóteles, y que recogía el viejo aforismo que se repetía en las aulas caraqueñas<sup>9</sup> *nihil est in intellectu nisi prius fuerit in sensu*.

Ciertamente el entendimiento es capaz de captar objetos de conocimiento que son en los seres materiales, pero que no son conocidos por los sentidos (relaciones, proporciones, causalidades, etc.); así como de objetos de conocimiento que son en los seres espirituales, de los que no hay *fantasmas*. Pero las naturalezas del mundo físico no pueden ser conocidas por el entendimiento -unido naturalmente al cuerpo y a las facultades sensitivas- sino en la materia individual; no en cuanto que son en materia individual, sino en cuanto hace abstracción de ellas. Pero para esto no puede prescindir de los *phantasmata* que le proporcionan los sentidos, fantasmas de los que el entendimiento agente remueve las condiciones individuales; *pero no las cualidades sensibles*.

De ahí el sumo interés de Suárez en puntualizar -así sea como de paso- el verdadero sentido de esta doctrina. Por eso añade que esa inmaterialidad (objeto formal de la *Física*) es producto de la separación de las condiciones individuantes *pero no de las cualidades sensibles*<sup>10</sup> captadas por los sentidos en los individuos.

Así es clara su apelación a los sentidos, ya -repetimos- desde el *Proemio* mismo de la *Física*: *la naturaleza se capta por los sentidos y esta dotada de accidentes que captamos bajo la dirección de éstos*<sup>11</sup>. Apelación remachada por el mismo sentido religioso del autor, para quien -en la línea agustiniana- las creaturas que percibi-

8 N. 1012

9 MUÑOZ, García, A., *Axiomata Caracensia*, Maracaibo, 1944, n. 62.

10 N. 1012

11 N. 1009

mos en nuestro entorno se constituyen en camino hacia Dios<sup>12</sup>. La naturaleza toda viene a estar significada por el estudio que de ella hace la Filosofía.

Por eso no extrañará que ya antes de este breve tratado (así como en los temas que le siguen en el *Cursus*), en cuestiones tratadas filosófica y racionalmente, encontremos múltiples ocasiones en que se apela -y directamente, por cierto- a la experiencia: *ut docet experientia*<sup>13</sup>, *cum experientia comprobatur*<sup>14</sup>, *revera experimur*<sup>15</sup>, al testimonio de los sentidos: *sensibus experimur*<sup>16</sup>, *eorum corruptio patet ad sensum*<sup>17</sup>, *percipimus experientia sensus*<sup>18</sup>, o simplemente a la comprobación: *comprobabatur*<sup>19</sup>.

Encontramos incluso alusiones a experimentos concretos, algunos más a la mano, (*ut videre est in aqua*<sup>20</sup>, *suadet experimentum in cera*<sup>21</sup>, *ut in cavernis contingit*<sup>22</sup>, y con la luz del sol<sup>23</sup>), otros más sofisticados y "técnicos", como el del agua que, al extraer el aire de un conducto, asciende por éste<sup>24</sup>. Lo que -para lo que ahora tratamos- no pierde valor, aún cuando se trate de una experimentación incorrecta, como la apelación al famoso caso de la generación espontánea<sup>25</sup>; (quizá hasta se podría alegar que la generación espontánea se defendía por falta aún de instrumental propio para una adecuada experimentación). Suárez mismo advierte que los sentidos deben ser bien interpretados: a propósito de la discusión de si los accidentes que observamos en el cadáver son los mismos o no de los que percibíamos en él aún viviente, sostiene que no son los mismos, sino semejantes (y por lo tanto distintos)<sup>26</sup>. Aún cuando se trata de una discusión poco experimentalista, y sin que entremos ahora a discutir el tema, no deja de ser una apelación más a la experiencia. La misma apelación está sugerida -así sea por ausencia, por la imposibilidad de experimen-

12 N. 1010

13 N. 1568

14 Nn. 1896, 1913

15 N. 1914

16 N. 1710

17 N. 1925

18 N. 1939

19 N. 1889

20 N. 1679

21 N. 1897

22 N. 2107

23 N. 1917

24 *Aqua, contra peculiarem suam inclinationem, per fistulam ascendit, attracto aëre*: n. 1953.

25 N. 1919; cfr. también nn. 1024, 1718.

26 N. 1812

tación- en otras muchas expresiones: dentro del esquema de su cosmografía, habla del último cielo, *cualquiera que éste sea*<sup>27</sup>, del posible fuego sublunar *-si acaso lo hay bajo el cielo de la luna*<sup>28</sup>, del *espacio imaginario que suponemos por sobre el cielo*<sup>29</sup>, del que ciertamente cree que no puede darse<sup>30</sup>.

Por lo demás, llegado el caso, Suárez reconoce la autoridad de los científicos - por ejemplo *anatómicas y animásticos*<sup>31</sup> - en su respectiva materia.

Obviamente, la experiencia se encuentra presente de una manera especial en el Tratado que comentamos, la *Meteorología*; proporcionalmente a su extensión, las ocasiones de ello son mucho más numerosas. Ello debido no sólo al carácter de su objeto de estudio, por lo que párrafos enteros son descripciones de meteoros, fenómenos y accidentes geográficos, que son implícita -adecuada o errónea- apelación a la experiencia. Sino debido también, sin duda, a la inevitable influencia de los tiempos.

Pero no sólo implícitas. Explícitamente encontramos también expresiones directas al respecto: *experimento passim comprobatus*<sup>32</sup> y *ad sensum patet*<sup>33</sup>; expresión esta última que no pierde fuerza en este caso, aún cuando se quiera interpretar como que habla *ad sensum*, esto es, en sentido aparente y vulgar, como cuando en otro lugar afirma que la Tierra es esférica no en sentido riguroso y matemático, sino en apariencia general (*sensu sensibili*): esto es que, dadas las dimensiones de la Tierra, montes y valles resultan arrugas inapreciables<sup>34</sup>.

Los experimentos concretos están asimismo representados, ya directamente, como cuando se alude al reflejo de la luz, *-como puede apreciarse en las esferas de cobre perfectamente pulidas*<sup>35</sup>, o en el espejo ustorio<sup>36</sup>; ya indirectamente, debido a la imposibilidad de experimentar en ciertos casos. Así cuando sugiere dudas sobre la teoría tradicional acerca de la región del fuego bajo el primer cielo (*si acaso allá lo hay*)<sup>37</sup>. Y también aquí nos conseguimos con alusiones, si no a experimentos pro-

27 N. 1564

28 N. 1565

29 N. 1592

30 N. 1606

31 N. 2111

32 N. 2003

33 N. 2064

34 N. 1970

35 N. 2074

36 N. 2068

37 N. 1987

piamente tales, sí a instrumental propio de una experimentación científica. Instrumental propio de una experimentación científica. Instrumental que va desde la sugerida sencilla rosa de los vientos y brújula<sup>38</sup>, hasta el telescopio galileano<sup>39</sup>, pasando por el alambique<sup>40</sup> y los lentes<sup>41</sup>.

Para lo que ahora nos ocupa, el que el experimento haya sido mal comprobado o interpretado no resta valor, pues siempre sigue siendo una apelación a la experiencia. Nos referimos al caso en que Suárez pretende explicar las corrientes marinas Sur-Norte, con una explicación que resulta no poco "folklórica" a nuestra mentalidad del S. XX. Independientemente de la exactitud de tal observación o de la de su interpretación, nos interesa destacar ahora que para Suárez la observación explora, comprueba y es signo de la circulación del agua de los océanos<sup>42</sup>. Para Suárez, explorados ya en su época casi todos los mares, el que las naves que se acercan al Polo Norte sean absorbidas por las aguas (!), y el que no haya fuerza de remos ni velas capaz de permitirles acercarse hacia el Polo Sur, es algo que comprueba y es signo de que las aguas de los océanos van por la superficie de la Tierra en dirección Norte, en cuyo Polo son absorbidas hacia el centro de la Tierra. Allí circulan en dirección Sur, para emerger de nuevo por el Polo. Lo mismo diríamos en el caso de otras experimentaciones incorrectas, como en el de la supuesta alma o vida con que siguen ambas partes de los lagartos y babosas al dividirlos en dos<sup>43</sup>.

Hay asimismo casos de presencia de la experiencia por imposibilidad: como el de los abismos, *cuyo fondo no puede explotarse*<sup>44</sup>. Y hasta otros en que la experimentación está de más, y el no apelar a ella resulta su mejor presencia; como el de los volcanes: el pavor que infunden es la mejor prueba experimental del fuego que hay en sus entrañas: *más que requerir un examen especial, no producen pavor*<sup>45</sup>.

En todo caso, Suárez de Urbina reconoce el campo específico de la experimentación, remitiendo la materia a los científicos especialistas, bien sea en general<sup>46</sup>, bien especificando, por ejemplo, en los químicos<sup>47</sup> y astrónomos<sup>48</sup>. Por otra

38 N. 2054

39 N. 2045

40 Nn. 2015, 2021

41 N. 2041

42 *Comprobatur... maria explorata... quod signum est*: n. 2010

43 N. 2098

44 N. 1975

45 N. 1995

46 N. 2058

47 N. 2045

48 N. 2069

parte, cuando todo esto se escribía, habían pasado sólo por escasos años desde que Benjamín Franklin descubriera que la atmósfera estaba cargada eléctricamente y que se descargaba mediante el rayo. No puede negarse así que la explicación que del rayo hace nuestro autor<sup>49</sup> -para quien la Naturaleza es en muchos aspectos impenetrablemente arcana<sup>50</sup>- es un intento "empirista" y -sobre todo- por lo menos, coherente. Y coherencia es lo más que cabría exigirle.

### La Naturaleza: Administración y Temor

Para nuestro autor, la Naturaleza está llena de misterios que atraen la curiosidad natural del hombre<sup>51</sup>. Pero lo desconocido infunde -naturalmente también- admiración y temor. Y son éstos los dos sentimientos que aparecen palmariamente claros en cada página del texto.

La admiración viene reflejada en el Tratado constantemente, por medio de expresiones que -independientemente de la explicación, exacta o no, que dan sobre los distintos fenómenos naturales- no dejan lugar a duda del estado de ánimo de su autor. Nos habla de la *masa o mole* de la Tierra<sup>52</sup> y de las aguas<sup>53</sup>, así como de la *gran masa* de aire<sup>54</sup>, o *masa ingente* de materia volátil<sup>55</sup>. Ingentes o enormes son también los abismos<sup>56</sup>, la masa de agua del mar<sup>57</sup> y sus torbellinos<sup>58</sup>; el abismo y el ímpetu con que se hunde el agua con las naves<sup>59</sup>; los conductos de las cavernas de la Tierra<sup>60</sup>, los hidrofiliacos y el estrépito de las aguas que por ellos se precipitan<sup>61</sup> así como el de los volcanes<sup>62</sup>. El ingente es también la cantidad de hálitos que producen los vientos<sup>63</sup>, los fuegos internos que provocan los volcanes, así como el estruendo

49 Nn. 2031, 2033

50 N. 1009

51 *Ibidem*. Y recuérdese el comienzo de la *Metafísica* de Aristóteles, 980a 21.

52 N. 1972

53 Nn. 1979, 2005

54 Nn. 2048s.

55 N. 2046

56 N. 1977

57 Nn. 1981, 2005

58 Nn. 1976, 2004, 2010

59 N. 2010

60 N. 1979

61 N. 1976

62 N. 1996

63 N. 2050



de éstos<sup>64</sup>, la conmoción de aire fragmentado en la formación del trueno<sup>65</sup>, y el calor en la del rayo y relámpago<sup>66</sup>.

Otras veces es por medio de adjetivos que ponen de manifiesto cómo la Naturaleza es percibida como imponente, en sí o en las fuerzas que manifiesta. Así, el Océano se extiende ampliamente *a lo largo y ancho* de la Tierra<sup>67</sup>; las grandes corrientes marinas de la Zona Tórrida son efecto de los rayos del Sol que, al evaporar parte del océano, hacen fluir de su lugar una *gran cantidad* de agua<sup>68</sup>; los aerofilacios son *innumerables* conductos internos de la Tierra por donde circula el aire<sup>69</sup>; algunos vientos son causados por nubes pasadas o lluvias muy densas, que comprimen *fuertemente* la masa inferior de aire<sup>70</sup>; los terremotos se originan por la expansión de los gases internos de la tierra, que ejercen *fuerte presión* sobre las paredes de los montes, haciéndolos estremecer<sup>71</sup>.

Suárez se admira de tan gran cantidad de materia ígnea en los volcanes, con tan perpetuas llamas<sup>72</sup>; en el caso de las corrientes marinas Sur-Norte, *es tan grande la fuerza del agua, que en modo alguno se le puede remontar; ...no hay esfuerzo humano que pueda hacerlo*<sup>73</sup>. Expresivos superlativos dan cuenta asimismo del sobrecogimiento con que el espectador contempla la Naturaleza: la *angostísima* garganta del *Estrecho de Magallanes*, el *vastísimo* cuerpo de la Tierra, el *profundísimo* torbellino de las aguas<sup>74</sup>, las *frigidísimas* cimas de los montes<sup>75</sup>.

De ahí que nuestro autor haga referencia explícita al aspecto atemorizante que tales fenómenos tienen para quien los contempla; fenómenos a los que, por ello, Suárez califica de *horribles*: así el sonido, estrépito y fragor de los volcanes<sup>76</sup>; de *horrendos*, como los precipicios internos de la Tierra<sup>77</sup>; y de *terribles*, como el fra-

64 N. 1995

65 N. 2034

66 N. 2033

67 *longe lateque diffusum*: n. 1981

68 *magna aquarum copia*: n. 2005

69 *per innumeros canales*: n. 1979

70 *multa vi comprimit*: n. 2051

71 *vim magnam faciunt*: n. 2000

72 *tanta tan perpetuis flammis materia*: n. 1996

73 *nulla humana industria... tanta est vis aquae ut nullo pacto contrire licitum sit*: n. 2010

74 *arctissimas fauces*: n. 2004; *vastissimus Terrae corpus*: n. 1970; *profundissima aquarum vorago*: n. 1975.

75 *cacumina montium frigidissima sunt*: n. 1989.

76 Nn. 1979, 1977 y 1988 respectivamente.

77 N. 1976

gor de tales precipicios<sup>78</sup>. Atemorizantes por la violencia que encierran, y que amenaza -y en ocasiones lo consiguen- alterar el orden y armonía iniciales del kosmos. En efecto, muchos de ellos actúan *vehemente o violentamente*: no sólo, por ejemplo, el terremoto -descrito como violenta refriega de la hostigada naturaleza<sup>79</sup>- sacude así a la Tierra haciéndola temblar y agitarse, y con fuerza secreta causa estragos en ella<sup>80</sup>, sacude a los montes estremeciendo sus bases<sup>81</sup>; o el fuego de los volcanes, producido de improviso<sup>82</sup> y que devora la Tierra<sup>83</sup>. Sino que incluso el mismo viento -que corre con fuerza vehemente<sup>84</sup>- sacude con fuerza a la región del aire<sup>85</sup>, provocando agitación y conmoción<sup>86</sup>.

Por lo que el espectador no puede menos de experimentar terror ante tales manifestaciones telúricas: el fuego interno de la Tierra, manifestando a veces -con terror para el hombre<sup>87</sup>- en los volcanes y otros fenómenos, *más que requerir un examen especial, producen terror*<sup>88</sup>. Así como los remolinos marinos, que absorben a las naves *con gran horror*<sup>89</sup>.

### Micro y Macrocosmos

*Kosmos* en griego, además y por lo mismo que significa *belleza, orden y armonía*, significa también *hombre*. Por eso mismo, desde antiguo se pretendió establecerla similitud o paralelismo entre el universo y el hombre, llamando incluso al primero *macrocosmos* y el segundo *microcosmos*. Demócrito señalaba el paralelismo entre ambos<sup>90</sup>; Platón llama al universo *mega zoon, el gran animal*<sup>91</sup>. En la Edad Media, el bardo cantaba:

78 *Ibidem*.

79 *hoc nimio laborantis naturae conflictu*: n. 2000

80 *adeo violenter ut... Terra tremat et succutitur... occulta vi causat strages*: n. 1999.

81 *Concutiunt montes... fundamenta montium contremiscunt*: n. 2000.

82 *ignem subito concipiunt*: *ibidem*.

83 *Terram vorant*: n. 1995.

84 N. 2046

85 Nn. 2048, 2050s.

86 *tumultum et agitationem excitat*: n. 2052.

87 *non absque terrore*: n. 1994.

88 *potius terrorem extorquent quam scrutationem exigant*: n. 1995.

89 N. 1976

90 DIELS, 68 B, 34.

91 *Timeo*, 30 B; y repetidas veces, en el mismo *Diálogo* habla del *cuerpo del mundo*.

Omnis mundi creatura  
 quasi liber et pictura  
 nobis est in speculum;  
 nostrae vitae, nostrae mortis,  
 nostri status, nostrae sortis  
 fidele signaculum<sup>92</sup>.

La belleza del mundo era tal, porque reflejaba la perfección, orden y armonía del hombre, rey del universo. También Suárez: no sólo concibe al hombre como *microcosmos*<sup>93</sup>, sino que expresa su admiración por el universo utilizando de continuo un vocabulario que lo pone en parangón con el hombre, rey de la creación:

Nos habla del cuerpo de la Tierra<sup>94</sup>: cuerpo con extrañas<sup>95</sup>, con el debido calor<sup>96</sup> y humedad<sup>97</sup>, son capaces de concebir fuego<sup>98</sup> y diversos *mixtos* (minerales, metales, etc.)<sup>99</sup>. Cuerpo con faz y fauces<sup>100</sup>, que absorbe y engulle<sup>101</sup>, eructa y vomita<sup>102</sup>; cuerpo que respira<sup>103</sup> y emite vapores y hálitos<sup>104</sup>, (incluso sonoros y fétidos!!<sup>105</sup>); capaz incluso de agitarse, temblar<sup>106</sup>, y hasta ensoberbecerse<sup>107</sup>.

Permítasenos aquí una digresión que vendrá a corroborar la visión que Suárez de Urbina tiene de la Tierra como macrocosmos. Porque hay un detalle en su texto que, a pesar de todo, nos resistimos a omitir. En los nn. 1974s., habla de los hidrofiliacios, enormes conductos subterráneos de agua, que -en su inevitable concepción cristiana del universo- tuvieron que ver con el diluvio bíblico. En el n. 1974 aclara

92 *Todas las criaturas del mundo son nuestro espejo, libro y retrato; reflejo fiel de nuestra vida, muerte, estado y suerte.* (Datos, estos tres últimos, tomados de FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, 1975.

93 Nn. 1922, 1972.

94 Nn. 1969s, 1972, 2009.

95 Nn. 1687, 1974, 1977ss, 1997, 2002, 2009, 2020, 2031.

96 N. 1979.

97 N. 2009.

98 N. 2000.

99 N. 1978.

100 Nn. 2009 y 2004 respectivamente.

101 N. 2010.

102 Nn. 1977, 1995, 1998, 2031.

103 N. 2031.

104 Nn. 1977, 1992, 2020.

105 Nn. 1979, 2001.

106 N. 1999.

107 N. 1996.

que unos son más superficiales y otros más profundos; éstos, según el manuscrito, *non ita superficiei Terrae vicina sed intra seca profundioris geocosmi viscera*.

La palabra *seca* claramente legible, y sin abreviatura, no tenía sentido alguno en el texto, por lo que inicialmente transcribimos *sicca*, juzgándolo un error del copista. Según esto, tales hidrofiliaciones más profundas regarían las arideces (*lo seco*) internas de la Tierra. La lectura nos resultaba así acomodada, pero no del todo satisfactoria porque: 1) no parecía coherente que, si estaban llenas de agua, las llamasen *secas*; y 2) en otros casos el copista había escrito correctamente *siccitas*<sup>108</sup>. Por lo que nos pareció más verosímil que el error (recordemos que el texto está escrito al dictado) hubiera sido más bien de transcripción y ocasionando por el típico y localista *seseo* del Maestro, y que el copista escribió *seca* por *ceca*, es decir por *caeca*. Así, los hidrofiliaciones profundas estarían calificadas -al igual que los más superficiales- por ubicación: *en las entrañas ciegas del Geocosmos más profundo*.

La cuestión era entonces calibrar la intencionalidad concreta que Suárez pretendió dar a la expresión *caeca*, ya que acabamos de ver que era bastante directo entre sus comparaciones entre el micro y el macrocosmos. Nuestra impresión es que puede tratarse de un eufemismo más, en alusión explícita al intestino ciego (notemos que acompaña a la expresión latina *viscera*, a la que en la traducción del texto hemos "suavizado" por *entrañas*).

Esta impresión -leyendo siempre conjuntamente los nn. 1974 y 1975- se sustentaría en:

1) El paralelismo de las frases *caeca profundioris Geocosmi viscera* del n. 1974, y *profundissima aquarum vorago e in intimis Terrae partibus* del n. 1975;

2) Hay un indudable trasfondo bíblico en estos textos; y en la Escritura éstas son las regiones denominadas como las de las *aguas de abajo*, expresadas en latín -como el propio Suárez acota- con el término *abyssi*, y cuyo correspondiente castellano sería *abismo*, *profundidad*, *golfo sin fondo*.

3) *Vorago* en castellano es *vorágine*, *abertura*, *concauidad*, *profundidad de agua* y -en Ovidio- *sumidero del estómago*<sup>109</sup>.

4) El diluvio -en el que se liberan estas aguas- es el castigo de muerte por el pecado, la inundación por las sentinas de la Tierra; y, como tales sentinas, en el macrocosmos están escondidas en lo profundo.

108 Por ejemplo, en los nn. 899, 1928, 1939.

109 MIGUEL, R. de, *Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico*, 21 ed., Madrid, 1940.

5) Tales *viscera caeca* y *vorago profunda* son también las *intimae Terrae partes*, la principal de las cuales fue abierta en el diluvio.

## Final

Hablábamos del temor. Sin embargo, en el caso de Suárez, más que temor se diría que en el fondo se trata de sobrecogimiento ante lo grandioso, ante el espectáculo que se le presenta imponente, y lo cautiva. Ya en la primera aproximación a la Naturaleza, al comienzo mismo de la *Física*, nos había presentado su estudio como seductor<sup>110</sup>. Incluso para enaltecer la Filosofía -que, como tal estudio, ocupa y absorbe a Suárez de Urbina- no encuentra mejor metáfora que la de imaginaria compuesta de amenos prados<sup>111</sup>. Seducción casi inevitable, al contemplar la Naturaleza en su maravillosa ordenación de partes<sup>112</sup>, que constituye un grato espectáculo a los ojos<sup>113</sup>, y teatro para contemplar sus maravillosos fenómenos<sup>114</sup>.

Y, sobre todo, el Sol. Más que por ser el centro del universo, cautiva a Suárez por su belleza y movilidad<sup>115</sup>, por destruir de raíz a la oscuridad en sus mismos umbrales<sup>116</sup>. El Sol, el impoluto, cuyas manchas sólo son aparentes y debidas a otros cuerpos<sup>117</sup>. Primado entre los planetas, superior incluso al fuego al que, junto con el calor, produce<sup>118</sup>; no sólo es, mediante su luz por la que ilumina y actúa todo, causa necesaria<sup>119</sup> que produce todos los efectos del mundo sublunar<sup>120</sup>, origen de todas sus riquezas y vida, incluso del preciado oro<sup>121</sup>; sino que -para un hombre religioso como él- estaba cargado de toda una abundante simbología cristiana: figura de Cristo *sol de justicia*<sup>122</sup>, luz de las naciones<sup>123</sup> *que brilla sobre los hombres*<sup>124</sup>, *es el*

110 N. 1009.

111 N. 1010

112 *mirifica partium dispositione*: n. 1972.

113 *gratum oculis exhibent spectaculum*: n. 2037.

114 N. 1991.

115 N. 2068.

116 N. 214.

117 N. 2069.

118 N. 2068.

119 Nn. 1428, 2068.

120 N. 1387.

121 Nn. 1687, 2031.

122 N. 137; cfr. Malaq. 3, 20.

123 Lc. 1, 78ss.

124 Ef. 5, 14.

vaso admirable, la obra del Excelso por antonomasia<sup>125</sup>. Y en un texto filosófico no puede pasarse por alto la expresión *vaso admirable*.

Ya los *Conimbricenses* habían acotado que *cuanto sucede en lo alto ocasiona en quienes lo ven una mayor admiración*<sup>126</sup>. Lo mismo que Descartes: *Nos ocasiona más admiración lo que está por encima de nosotros que lo que está a nuestra misma altura o por debajo*<sup>127</sup>. Admiración que mantiene a la mente en suspenso, pero a la vez en situación inquisitoria de la verdad. Por eso ella, como la lógica, está al comienzo de toda filosofía<sup>128</sup>; nos los advertía Aristóteles:

Los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración; al principio, admirados por los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco y planteándose problemas mayores, como los cambios de la luna y los relativos al sol y a las estrellas, y la generación del universo<sup>129</sup>.

125 N. 2068, Eclo. 43, 2.

126 *Ea quae in sublimi apparent maiorem conspicientibus admirabilitatem movent: CONIMBRICENSES, Commentarii in libros Meteorum Aristotelis Stagyrtae, Conimbricac, 1592, Prooemium.*

127 *Nous avons naturellement plus d'admiration pour les choses qui sont au-dessus de nous, que pour celles qui sont a pareille hauteur ou au-dessous: Oeuvres de Descartes, ed. Adm-Tannery, vol. VI, Paris, p. 231, 3ss.*

128 *Si autem petas in quonam horum proprie admiratio consistat? Respondemus videri consistere in illa fixatione mentis connotando suspensionem, licet praeter ignotiomen superius explicatam, annexam interdum habeat inquisitionem latentis causae, vel conditionis aut circumstantiae quae ad rem spectet; inde enim est quod philosophia ab admiratione ortum habuisse dicitur, nimirum quia intuiti sunt homines effecta quorum causas cum nescirent, primum suspensi tantisper fuere, dum eiusmodi causas indagarent, quod non est aliud quam philosophari: CONIMBRICENSES, Commentarii in tres libros de Anima Aristotelis, Conimbricac, 1598, Lib. III, cap. 13, q. 1, a.5.*

También en esto Descartes, repetidamente citado por nuestro Suárez de Urbina en su *Cursus*, abunda en la misma idea: *Lors que la premiere rencontre de quelque objet nous surpront, & que nous le jugeons entre nouveau, ou fort different de ce que nous connoissions auparavant, ou bien de ce que nous supposons qu'il devoit estre, cela fait que nous l'admirons & en sommes estonnez. Et pour ce que cela peut arriver avant que nous conissions aucunement si cet objet nous est convenable, ou s'il ne l'est pas, il me semble que l'Admiration est la premiere de toutes les passions: Oeuvres de Descartes, ed. cit. vol. XI, Des passions II, Paris, 1967, p. 373, 5-13. Y, todavía: *Aussi voyons nous que ceux n'ont aucune inclination naturelle à cette passion, sont ordinairement fort ignorans: Id., p. 384, 23ss.**

129 *Metaph. I, 2, 982b 12-17.*

Así como Platón -*la admiración es lo propio del filósofo, y la filosofía comienza por la admiración*<sup>130</sup>-, y antes que ellos ya los presocráticos<sup>131</sup>. Y después, por ejemplo, el propio Descartes -que tanto estudio dedicó a estos fenómenos- refiriéndose a la admiración comenta: *Nous voyons que ceux qui n'ont aucune inclination naturelle á cette passion, sont ordinairement fort ignorants*<sup>132</sup>. Y Unamuno:

El precepto latino a los sabios, aquel de no admirarse de nada -"nihil mirari!"- se dirige a los que, por imaginarse neciamente que saben la razón de algo que ignoran, no saben el porqué de cosa alguna y no se admiran. Que es lo propio de los que se enjuagan la boca con la palabra Ciencia -así, como mayúscula- y se romadizan la sesera con su vaho. Y son los que caen de rodillas en adoración ante cualquier juguete de Física o de Química y con tanto mayor fervor menos sepan cómo funciona.<sup>133</sup>

Si esto es así, la *Meteorología* parecería el libro más filosófico de los de Suárez de Urbina. Decimos esto porque manifiesta la continua admiración de nuestro autor por la Naturaleza que rodea. Admiración de quien, no acertando aún a explicar sus fenómenos, no puede reprimir sus expresiones de asombro y aún de temor ante lo grandioso. Tendrán sí -en parte razón quienes, tras su lectura, califiquen de ingenua o folklórica esta parte de su *Cursus Philosophicus*, por pretender explicar racionalmente unos fenómenos que deberían aclararse por vía experimental. Por nuestra parte, preferimos considerar que se trata de la ingenuidad de quien resulta abrumado por la inmensidad del espectáculo que se ofrece a sus ojos.

Para los griegos, el ideal de perfección estaba en la proporción y conveniente disposición de las partes del todo. Las columnas laterales de la fachada del *partenón*, progresivamente más altas que las centrales, fueron construidas así para que, en función de la perspectiva, la fachada apareciera perfecta, equilibrada y armónica. Y el *Dorífero* de Policleto se convertiría entre ellos en canon de la escultura, precisamente por sus armónicas proporciones del cuerpo humano. De ahí que la expresión *kosmos*, que originariamente significó entre ellos *orden, organización y conveniencia*, pasara pronto a significar también *ornamento y belleza*. Y que sirviera asimismo para designar el conjunto del mundo físico, naturalmente proporcionado y, por tanto, bello.

130 *Teeteto*, 155, D.

131 De Tales de Mileto cuenta Diógenes Laercio que cayó en un pozo mientras caminaba contemplando las estrellas: *Vidas de los filósofos* I, 22-44.

132 *Oeuvres de Descartes*, ed. Ch. Adam & P. Tannery, vol. XI, *Des passions* II, Paris, 1967: p. 384, 24s.

133 UNAMUNO, M., *Obras Completas*, III, 1020.

Si los latinos disponían de la expresión *pulchrum* para designar lo pulcro y bello, con todo prefirieron la de *mundus* -exquisito, elegante, limpio, pero ya no naturalmente, sino producto de un proceso de purificación- para designar al mismo universo físico. Suárez gusta de llamar a la Tierra -además de *mundo- cosmos o geocosmos*<sup>134</sup>, ya que para él el mundo, por sí mismo, exige ser bello<sup>135</sup>.

Así, nuestro texto se convierte en la contemplación del Geo-Kosmos, el todo bello, limpio, *mundus*, la Tierra-bella. Y es el optimismo de quien contempla al universo, que exige ser bello y ordenado; belleza y orden que consiste en la sucesiva variación de formas, dirigida a una perfección cada vez mayor<sup>136</sup>. *Ens et verum convertuntur*, rezaba el tradicional aforismo. Pero, acaso se puede separar lo verdadero de lo bello? *Ens et pulchrum convertuntur!!*, respondería Suárez. Estudiar y admirarnos ante la belleza, es filosofía.

Si la filosofía nace de la admiración, éste es el Tratado más filosófico de Suárez. No nos dejemos engañar con el pasmo y hasta pavor que experimenta al describir los fenómenos naturales. El miedo es fruto de lo desconocido y de lo grandioso; y este tema es el más desconocido para un filósofo: un tema, que debería estudiarse experimentalmente y que, al aplicarle la racionalidad, sigue impenetrable y desconocido, sólo "explicable" hasta cierto punto por ciertas "razones filosóficas" racionales; por eso más, que produzca temor. Pero un temor que no es sino producto de y que de nuevo lleva a la admiración, génesis de todo saber.

Suárez recoge así la tradición helénica y cristiana, tradición que pasa también por las parcelas de la Filosofía<sup>137</sup>. Su *Meteorología* es una *Kosmo-logía*, un *Tratado de lo bello*; y su *Filosofía* es más bien una *Filokalía*, en la inevitable coincidencia de lo verdadero con lo bello.

134 Nn. 1969, 1971s., 1974.

135 N. 1167.

136 Nn. 1167, 1853.

137 Recuérdese, por ejemplo, a Descartes: *Omnis forma corporea agit per harmoniam. Plura humida quam sicca, & frigida quam calida, quia alioqui activa nimis cito victoriam reportassent, & mundus non diu durasset: Cogitationes privatae: en Oeuvres de Descartes*, ed. cit. vol. X: *Opuscules*, Paris, 1966, p. 218, 11-14.